

**PHILIPPE
ENTREMONT**

**XXII
CICLO
DE GRANDES
SOLISTAS
PILAR BAYONA**

PROGRAMA

PRIMERA PARTE

Duración aproximada:
45 min

C. DEBUSSY **1.er Cuaderno de imágenes**

Reflets dans l'eau
Hommage à Rameau
Mouvement

Pour le Piano

Prélude
Sarabande
Toccata

M. RAVEL

Sonatine

Modéré
Mouvement de menuet
Animé

Alborada del gracioso



SEGUNDA PARTE

Duración aproximada:
40 min

F. SCHUBERT **Sonata en Si bemol, D. 960**

Molto moderato
Andante sostenuto
Allegro vivace con delicatezza
Allegro ma non troppo

Síguenos para enterarte
de todas nuestras actividades
antes que nadie y comparte
nuestra pasión por la música
www.blogauditoriozaragoza.com
www.auditoriozaragoza.com

 Auditorio ZGZ
 @AuditorioZGZ
 @AuditorioZGZ

#Venalauditorio
#ZgzesCultura

 **ZARAGOZA
ES CULTURA**

COLABORAN

iberCaja 
entradas.ibercaja.es y Cajeros Ibercaja

ORGANIZA

 **Zaragoza**
AYUNTAMIENTO

AUDITORIO
DE ZARAGOZA



26
MARZO
MARTES

2019
20.00 horas



**XXII
CICLO
DE GRANDES
SOLISTAS
PILAR BAYONA**

**PHILIPPE
ENTREMONT**

PHILIPPE ENTREMONT



La excepcional carrera musical del pianista Philippe Entremont empezó a los 18 años a raíz de su interpretación del *Concierto para piano* de Jolivet y el *Concierto para piano n.º 1* de Liszt en el Carnegie Hall de New York. Desde entonces ha continuado su carrera internacional como pianista y como director.

Philippe Entremont es director honorario y vitalicio de la Wiener Kammerorchester. Director honorario de la Münchner Symphoniker. Director honorario de la Israel Chamber Orchestra. Principal director invitado de la Orquesta de Cadaqués. Fundó el Festival de Santo Domingo del que fue director artístico y titular de la Orquesta del Festival. Fue director musical de la New Orleans Philharmonic Orchestra.

Uno de los artistas con más registros de la historia, ha ganado todos los premios más importantes.

Todos sus conciertos para piano interpretados bajo la dirección de directores como Eugène Ormandy, Leonard Bernstein, Pierre Bou-

lez y Seiji Ozawa, entre otros, fueron lanzados por la discográfica Sony en 2014 en una caja de coleccionista.

Ha ofrecido más de 7.000 conciertos alrededor del todo el mundo y más de 100 junto a la Philadelphia Orchestra. Ha colaborado con las orquestas de San Francisco, Detroit, Minnesota, Seattle, St. Louis, Houston, Dallas, Pittsburgh, Atlanta, Montreal, the Academy of St Martin in the Fields, Royal Philharmonic, Academy of Santa Cecilia of Rome, l'Orchestre National de France, entre otras.

En 2015, la Escuela Superior de Música de Paris-Alfred Cortot le pidió crear una orquesta de cámara del centro, la cual dirige actualmente.

Es Presidente del jurado del Concurso Internacional de Piano Enescu.

Ha sido condecorado Comandante de la Orden Nacional de la Legión de Honor, de la Orden del Mérito y la Orden de las Artes y las Letras. También fue condecorado con la Gran Cruz de la Orden del Mérito Austríaco.

Comentarios al programa

Debussy, un innovador

Nacido en Saint-Germain-en-Laye, en 1862, y fallecido en París, en 1918 –acabamos de celebrar su centenario–, Claude Debussy, un compositor apasionado por la poesía y la literatura, inició las vías de la modernidad definiendo una nueva forma musical. Según Alain Planès, uno de sus admiradores, “no hubo a lo largo de todo un siglo genio semejante al de Debussy. Es el inventor de la armonía que sustenta el jazz y ha abierto unos horizontes inmensos a la historia de la música”.

Para el compositor y director de orquesta Pierre Boulez, Debussy puede considerarse, junto a Webern, alguien capaz de destruir la organización formal preexistente y de expresar la belleza del sonido por sí mismo, aplicando una fórmula elíptica al lenguaje. Sin su obra, no se entendería a Ravel, ni tampoco a Varèse o Messiaen. Debussy descubrió un lenguaje musical nuevo, libre, oscilante, abierto a otras posibilidades, concluye el experto. La trayectoria finisecular francesa en este campo, iniciada en buena parte por él, carecía de antecedentes inmediatos en la propia Francia. Frente a la música alemana, cuyas líneas estéticas se habían bifurcado entre Brahms y Wagner al final del siglo XIX, la francesa, lejano ya su esplendoroso barroco, hundía sus raíces al margen de los compositores propios, como Berlioz, y de los pertenecientes a la llamada *Grand Opéra* decimonónica, como Chabrier, Gounod o Saint-Saëns, de fuerte impronta wagneriana.

Una de las influencias capitales sobre la música de Debussy fue el pianismo de Chopin, y también el de Liszt, residentes ambos en París durante las décadas de 1830 y 1840. Observamos de este modo una evolución estilística atípica, en la que la línea innovadora de Debussy, frente a la música burguesa de la segunda mitad del siglo XIX, se fundamenta sobre una filosofía conservadora, la representada por Chopin, un compositor sin continuadores directos, cuya sensibilidad rechazó el modelo beethoveniano, al contrario que muchos de sus contemporáneos, como Mendelssohn, Schumann, Berlioz, Wagner o Liszt, pertenecientes todos, junto al propio Chopin, al mismo paradigma estilístico.

Pour le piano, la pieza que abre el concierto de hoy, fue publicada en 1901. Es una suite en tres movimientos, Prélude, Sarabande y Toccata, que Debussy había comenzado alrededor de 1894. Una primera versión del movimiento central ya formaba parte de sus *Images inédites*, y su movimiento final fue compuesto probablemente en 1896. Está

dedicada a dos de sus alumnos y a una de sus amigas, correspondiendo un movimiento a cada uno de ellos. Constituye un reflejo del definitivo traslado al piano de su original lenguaje musical.

El Prélude expone un tema familiar y exótico a la vez, con reminiscencias de Rameau y del gamelán javanés. En él pueden encontrarse atisbos de un tema que, años más tarde, Gershwin reutilizaría para su *Rhapsody in blue*. La Sarabande es una “conversación con el piano”, en palabras del propio compositor, aunque también puede tratarse de una conversación con Satie, de cuyas *Sarabandes*, de 1887, toma algo prestado. La Toccata final, la más robusta de las tres secciones, altamente exigente, es una partitura extrovertida y llena de gracia.

Ravel, una Sonatine y una Alborada

Junto con Debussy, Ravel es el gran representante de la escuela musical francesa moderna. Conocido de forma universal por su *Bolero*, su catálogo incluye obras que quizás han pasado más desapercibidas pero que merecen mayor atención. Gran orquestador y compositor, saboreó las mieles del éxito en vida gracias a sus habilidades técnicas y su fina orquestación, en las que reside una originalidad y una sensibilidad que sentó cátedra para compositores posteriores.

Nacido en marzo de 1875, en Ciboure, país vasco-francés, la familia se trasladó a París tres meses después. Su padre era aficionado a la música y llegó incluso a ganar un premio en el Conservatorio de Ginebra. A los 7 años, Maurice comenzó a estudiar piano y recibió sus primeras lecciones de armonía, contrapunto y composición. En noviembre de 1889 ingresó en el Conservatorio de París. Durante su estancia, entabló gran amistad con Ricardo Viñes, quien se convirtió en uno de los más notables intérpretes de su música para piano. Ambos formarían parte del grupo conocido como Le Club des Apaches, creado en torno a 1900 e integrado por músicos, escritores y artistas de renombre. Todos compartían, entre otras obras, su devoción por la ópera *Pelléas et Mélisande*, de Debussy.

En 1901 aparece *Jeux d'eau*, origen de todas las novedades pianísticas contenidas en sus obras. Inspirada en el rumor del agua y en los sonidos musicales de surtidores, cascadas y arroyos, se considera uno de los primeros ejemplos de impresionismo musical en el trabajo de Ravel.

La *Sonatine* es una obra compuesta entre 1903 y 1905. La escribió para un concurso en el que resultó ser el único participante. Sin embar-

go, la pieza no debe ser subestimada. Su título no refleja su nivel de dificultad y es un singular tributo al espíritu clásico. Sus tres tiempos, Modéré, Mouvement de Menuet y Animé transcurren con placidez, sin alteraciones, mostrando con bastante exactitud la personalidad apacible y ensoñadora del autor.

El 6 de enero de 1906, la Société Nationale de la Musique celebró un concierto en el que se interpretó, entre otras obras, *Miroirs*, de Ravel, una colección de cinco piezas escritas para piano en un estilo tan novedoso que desconcertó a los oyentes. Fue intérprete su buen amigo Ricardo Viñes. El autor dedicó los cinco movimientos a otros tantos miembros de Les Apaches: *Noctuelles*, al poeta Léon-Paul Fargue; *Oiseaux tristes*, a Viñes; *Une barque sur l'océan*, al pintor Paul Sordes; *Alborada del gracioso*, al crítico musical Michel Dimitri Calvocoressi, y *La Vallée des cloches*, al compositor Maurice Delage, discípulo suyo.

La cuarta de estas piezas, que hoy escuchamos, se titula originalmente así, *Alborada del gracioso*, en castellano, y es una de las muchas partituras en las que el autor alude a temas españoles. El gracioso es aquel personaje de nuestro teatro del Siglo de Oro, caracterizado por su ingenio y socarronería, que guiña el ojo al espectador buscando su complicidad.

A la escritura para piano le seguiría un importante trabajo de orquestación de este fragmento de *Miroirs*, el más elaborado del conjunto, que fue realizada doce años después por el propio compositor para ser estrenada el 17 de mayo de 1919 en París, como un poema orquestal que suele escucharse de forma independiente.

Schubert, la última Sonata

Franz Schubert nació en Viena en 1797 y murió en la misma ciudad en 1828. Hijo de un maestro de escuela, violonchelista aficionado que tuvo catorce hijos, de los cuales sólo vivieron cinco, Franz vivió una infancia modesta pero calurosamente familiar. Empezó a componer a partir de los doce años. En 1818 se dedicó enteramente a esa tarea. Enfermo de sífilis desde 1822, trabajó denodadamente hasta que, aquejado de unas fiebres tíficas, falleció a los treinta y un años. Gran parte de su obra fue descubierta, ejecutada y editada después de su muerte.

Fue el último gran compositor en el que la Sonata para piano ocupa una posición central en la música de teclado. El conjunto de sus so-

natas puede compararse a las series similares de Haydn, Mozart y Beethoven.

La *Sonata, D 960, en Si bemol Mayor*, compuesta en 1828, poco antes de su muerte, marca sin duda una de las cimas del compositor y de toda la literatura pianística. El centro de gravedad lo constituye el Molto moderato inicial. El tema, una bella melodía contemplativa, profundamente melancólica y al mismo tiempo de una impresionante serenidad, adquiere tintes dramáticos en el siniestro trino que la cierra, en el registro más grave. Ese mismo tema termina por afirmarse en un fortísimo de gran lirismo. El desarrollo, que emplea ambos temas, es de una imaginación y riqueza de modulaciones extraordinaria, que culmina en un enérgico episodio tras el que surge, en un magistral efecto dramático, el siniestro trino que cierra el motivo inicial. La coda aparece plagada de silencios interrogantes y el tema principal, con reiteradas apariciones del trino, que aquí parece decididamente fatídico, se desvanece en una nebulosa similar a la que rodeó el comienzo.

La intensidad no decae en el Andante sostenuto, de estructura tripartita y en el que solo la música de la sección central parece traer algo de luz a las más dolientes secciones extremas. El final, en un pianísimo etéreo, nos devuelve al clima de tristeza con que concluyó el tiempo inicial, y que nos recuerda la afirmación del compositor: “¿Existe realmente lo que se ha llamado música alegre? Yo no la conozco”.

Ligero y refinado, el refrescante Scherzo parece elevarse como algo casi irreal y huido. Por fin, el Allegro ma non troppo final, que combina las formas rondó y sonata, debuta con un motivo tan delicioso como aparentemente intrascendente, al que sigue otro, más sereno, que parece recuperar por momentos la atmósfera del tiempo inicial. La brusca irrupción de rotundos acordes antes mencionada trae consigo una inusitada tensión, que abre la puerta a un pasaje en el que brilla la imaginación schubertiana para las modulaciones. Tras recuperarse en la reexposición el clima del comienzo, Schubert parece rendir un último homenaje a Beethoven en la coda, un arrebatado Presto con el que culmina la obra de forma brillante y rotunda.

Francisco Javier Aguirre